

Los barrios montoneros: una aproximación a las unidades básicas y la militancia de la Juventud Peronista articulada con Montoneros en la ciudad de La Plata (1972/74).

HORACIO B. ROBLES
FaHCE/UNLP

INTRODUCCIÓN

El presente artículo es parte de una investigación acerca de los procesos de radicalización política, en particular los orientados a la instauración del socialismo mediante la lucha armada y su llegada a los sectores populares¹, durante los años '70 en la Argentina. El estudio está focalizado en la Juventud Peronista (JP) de la ciudad de La Plata y su articulación con Montoneros durante el período que se extendió desde mediados del '72 hasta principios del '75. En esos años tomó forma un importante sistema de "unidades básicas" (UB) en los barrios de la periferia platense, que constituye el centro de la investigación.

En trabajos anteriores indagamos en el origen, influencias y renovación de la JP platense abarcando la etapa que va desde su creación en 1957 hasta fines del '72, cuando se incorpora a Montoneros. Este recorrido histórico tuvo como objetivo dar con elementos que tornaran más comprensibles una "vía" de radicalización, que posteriormente empalmó con el programa barrial del peronismo montonero. Comprobamos que los jóvenes peronistas fundadores, casi en su totalidad trabajadores, se constituyeron en contra de la proscripción, la represión y las "traiciones" posteriores al golpe del '55. Con apoyo sindical, extendieron sus actividades en redes familiares y en los barrios, colaborando en las calles platenses con los experimentados grupos de la "resistencia peronista" adquiriendo entrenamiento en el uso de armas y prácticas clandestinas básicas.

Hacia principio de los '60, algunos de sus más importantes dirigentes recibieron variadas influencias de ambientes no peronistas de izquierda a través de los intercambios en las cárceles y los viajes a Cuba. Paralelamente, con la creación en 1964 del Movimiento Peronista Revolucionario (MPR), la JP platense comenzó a de-

1- A pesar de la importante producción académica, periodística y testimonial sobre los años '60 y '70 sigue habiendo un reclamo para que se realicen trabajos empíricos que reconstruyan las formas que tuvo la participación de los sectores populares en los procesos de radicalización. Entendemos que este concepto, inserto en una polémica en nuestro medio, resulta más apropiado para este tipo de indagaciones (Camarero, 2007). Al tratarse de una investigación centrada en el ámbito barrial, que destaca los elementos "movimentistas" del peronismo, resulta más operativo que la noción de clase, más atada al espacio fabril, sindical o incluso partidario.

batir distintas formas de lucha armada. En 1966, al constituirse la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN) -agrupación universitaria local identificada con el “pensamiento nacional” y el peronismo- se produjo una “refundación”, con la incorporación del activismo estudiantil. Los jóvenes hicieron sus primeros congresos adoptando un “programa obrero combativo”, vinculándose a dirigentes y organizaciones de trabajadores que se enfrentaban con la “burocracia sindical”, representada en la CGT oficial, cada vez más receptiva al gobierno de la Revolución Argentina. En ese momento se fijó con más claridad una estrategia tendiente a la conformación de una base de poder y reclutamiento localizada en los barrios, inspirada por las rebeliones populares de fines de los '60 e impulsada por el componente estudiantil, que prosperaría durante el período marcado por la vuelta de Perón y la apertura electoral.

Precisamente, entre mediados de 1970 y fines de 1972 o, dicho en acontecimientos, entre el “aramburazo”, la apertura electoral y la “primera vuelta” de Perón, la JP platense avanzó en dos planos. Uno fue la participación política partidaria, sobre todo a través de su protagonismo en las grandes movilizaciones del “Luche y vuelve”². El otro, la fuerte reivindicación de las organizaciones armadas identificadas con el peronismo, articulándose con Montoneros³ y constituyendo las primeras UB. De esta manera, entre 1972 y 1974, la JP/M condujo en los barrios populares de la periferia platense un sistema de aproximadamente treinta y dos UB. En promedio, una UB contaba con un grupo de base de entre cinco a seis miembros

2- El “Luche y vuelve” puede ser entendido como un programa partidario de movilización de las fuerzas peronistas, inspirado en la larga historia de proscripción y en la convicción de la vigencia del vínculo entre las masas y el líder. Bonasso, atribuye la iniciativa a Cámpora y su reducido entorno, esbozada en una conferencia de prensa de mayo del '72, cuando reclamó por seguridad y afirmó, que el mejor custodio para Perón en la Argentina era el pueblo peronista, (pág. 303). El fundamento del “Luche y vuelve” consistía en que, una vez tomada la decisión de Perón de regresar, el “comando táctico” en el lugar de los acontecimientos, sugeriría al “comando estratégico” en el exterior, el momento del regreso. Para ello era necesario que el “pueblo peronista” genere las condiciones, con movilización y organización, y que custodie a su jefe ya dentro del país. En los hechos, el Luche y vuelve, implicó un recorrido por los centros urbanos del país, encabezado por las autoridades partidarias del peronismo, comenzando el 25 de agosto de 1972 en Tucumán y terminando el 3 de octubre en La Plata. Así concebido, significó una verdadera promoción política para la juventud que, en sintonía con Cámpora, concluyeron que la vuelta de Perón debía ser “arrancada” a la dictadura a través de las movilizaciones. El acto platense se realizó en el estadio cerrado del club Atenas - en la calle 13 entre 58 y 59- con la presencia de más de tres mil personas de las cuales, aproximadamente, el 75 por ciento eran jóvenes. Cámpora, como lo venía haciendo en los encuentros anteriores, reafirmó la vuelta de Perón para antes fin de año. Por su parte, el secretario de prensa del Partido Justicialista local y miembro de JP platense, C. Negri, centralizó su discurso en el retorno: “No hay poder que pueda impedir que Perón vuelva a la rosada”. Se destacó, además, la presencia de la organización Descamisados fustigando a la “burocracia sindical” en la figuras de Rucci y Coria. El acto, tal vez por primera vez en el contexto local, dio lugar a una constante, subrayada por los testimonios: las orientaciones que los jóvenes impusieron no permitieron la intervención de los representantes de las 62 organizaciones y de la CGT local, vinculadas a la ortodoxia partidaria y sindical (El Día 4/10/72).

3- A partir de esa fecha denominamos al grupo juvenil platense como JP/M.

con un “responsable político” designado por la organización. Para sus actividades de extensión -en general, pequeñas mejoras de la infraestructura barrial- podía reclutar hasta quince o veinte “allegados”. En los momentos de mayor movilización, por ejemplo en mayo del '73 con la asunción de Cámpora o en junio de ese año con la vuelta definitiva de Perón al país, algunos de estos centros políticos logró convocar a casi un centenar de vecinos⁴. Un elemento que las identificaba lo constituían los nombres que adoptaron, todos referidos a “combatientes” caídos o hechos que la militancia montonera hacía corresponder con la “lucha revolucionaria”.

Una manera posible de ensayar una localización de esta estructura, es a través del cruce entre secciones electorales y delegaciones municipales. Las secciones electorales eran nueve en el partido de La Plata⁵; las localizadas en el casco urbano no fueron incorporadas a la estrategia barrial. Las secciones que concitaron y concentraron la acción juvenil fueron la quinta, la sexta y la séptima. En ese momento, las delegaciones eran siete. Hacia el sudeste del Casco Urbano: Villa Elvira, Melchor Romero y Los Hornos; y hacia el noroeste; Tolosa, Gonnet, City Bell y Villa Elisa.⁶ Cruzando ambas informaciones concluimos que la quinta sección abarcaba la totalidad de Villa Elvira y casi todo Los Hornos; la sexta, comprendía la totalidad de Tolosa, Gonnet, City Bell y Villa Elisa y parte de Los Hornos y Melchor Romero y la séptima estaba formada exclusivamente por Melchor Romero (ver mapa adjunto)⁷.

La investigación se introduce en este universo barrial para presentar una visión aproximada de su funcionamiento, la localización y descripción de la vida interna de las unidades básicas diseminadas en los barrios, exponiendo un orden basado en los actores barriales, sus prácticas y representaciones. En el presente artículo hacemos una presentación de un actor central: el militante y sus diferentes “tipos”.

4- Las primeras UB montoneras platenses, de fines del '72, fueron un desprendimiento de la estructura barrial del Partido Justicialista (PJ) local. Su momento de diferenciación y auge, puede ubicarse durante el primer semestre del '73. A partir de allí y hasta fines del '74 contaron con un importante grado de autonomía, impulsando una variadas gama de actividades políticas, sociales y culturales. Desde mediados del '74 comenzaron a sufrir una creciente desautorización partidaria y los primeros ataques de la Triple A. En parte por esto último, en setiembre, Montoneros decidió el cierre de los “frentes de masas” y el “pasaje a la clandestinidad”. Desde ese momento muchos locales de las UB cerraron sus puertas y, si bien algunas se relocalizaron, podemos decir que el activismo barrial se reorientó. En efecto, hasta por los menos los primeros meses del '76, momento en que cesó casi definitivamente, tuvo lugar un tipo de actividad primordial que aún involucraba a parte del barrio: la salvaguarda de los recursos, materiales y humanos, de Montoneros.

5- Guía Electoral de La provincia de Buenos. Juzgado Federal Nro. 1, La Plata. 1983.

6- Informe Estadístico de la Municipalidad de La Plata, 1977.

7- El mapa que figura al final del trabajo incluye, además de la localización de las treinta y dos UB, tres “puntas”. Estas últimas, inestables y de difícil cuantificación, eran “avanzadas” que podía dar lugar a futuras UB. Las consignamos para graficar las tendencias expansivas de los jóvenes montoneros.

DESARROLLO

El militante político puede ser definido como aquel actor que articula prácticas y representaciones políticas con una dimensión personal o, más ampliamente, de pertenencia social. En este sentido, vamos a intentar establecer una desagregación que nos permita tener una noción aproximada de la variedad de “tipos”, teniendo en cuenta trayectorias personales y extracciones sociales, que intervinieron en el espacio barrial. Las caracterizaciones intentan ser relacionales, es decir, mantienen una pauta de interacción con el ámbito en el que se desarrollaron a partir de dos grandes orientaciones: hacia el barrio y desde del barrio.

LA MILITANCIA ORIENTADA HACIA EL BARRIO

Entendida como categoría nativa⁸, la “militancia”, según los testimonios recogidos tanto de aquellos con tradición y experiencia en las agrupaciones políticas del peronismo posteriores al golpe del '55, como de los vecinos del barrio que observaban su accionar entusiasta, designaba a los contingentes de jóvenes estudiantes, pudiendo ser allegados, simpatizantes o miembros activos de las organizaciones político-militares peronistas y no peronistas, en ebullición en la época en la ciudad de La Plata. En otros términos, “el militante”, mantuvo cierto rasgo de afinidad con las organizaciones radicalizadas y de externalidad en relación al barrio. Especulamos que en la percepción del vecino puede ser comparable con la figura del “proletariado” en el ámbito fabril.

En nuestra zona investigada se trataba de un estudiante universitario o secundario, que rara vez pertenecía al barrio, y en su forma más “pura” habitaba en el centro de la ciudad y era miembro de la “clase media” platense. Si introducimos aún más la perspectiva nativa, los relatos testimoniales de aquellos que exhibían una dilatada trayectoria en la JP, atribuyen a esta categoría la totalidad de las imposturas o fingimientos en que muchas veces caían los jóvenes en sus esfuerzos por superar la “distancia social” y mimetizarse con la cotidianeidad barrial. Algunas denominaciones nativas aludían a este esfuerzo adaptativo, muy común en la etapa de expansión, como una “implantación” y a quienes lo practicaban como “paracaídas”⁹.

Estas imposturas, que formaban parte del anecdotario risueño y pasatista de los jóvenes, podían, sin embargo, causar rechazo en los habitantes de los barrios tal como surge del relato de la pareja de “responsables políticos” de un conjunto de unidades básicas JP/M de la sección sexta:

8- La noción etnográfica de “categorías nativas” resulta sumamente útil cuando se reconstruye la perspectiva del actor y las determinaciones del contexto. Su uso controlado y consciente evita la “naturalización” de ciertas ideas y acciones necesariamente presentes en los testimonios de los protagonistas. (Soprano, 2007).

9- “Paracaídas” era parte del arsenal crítico que la izquierda no peronista hacía circular entre los jóvenes en proceso de peronización que iban al barrio cumpliendo su experiencia de conversión. Junto con la noción de “implantación” suponía “caer” en el barrio e “imponer” una serie de prácticas e ideas a los habitantes.

“Yo trabajaba en la Cámara de Diputados, iba de saco y corbata, así volvía al barrio. Estos chicos (los estudiantes universitarios miembros de la JUP)¹⁰ venían en auto con zapatos, se ponían las alpargatas y bajaban al barrio y me cuestionaban porque yo andaba de saco y corbata. Ahora, la gente me veía como un igual pero con saco y corbata, pero a ellos no, nunca los vieron como iguales. Entonces para entrar al barrio me disfrazo de pobre. La gente tiene un olfato.” (Entrevista del autor: Carlos y Norma C. A partir de ahora EA)

Otro núcleo de tensión estuvo dado en la inversión de los puestos de “autoridad natural” que la novedosa experiencia montonera intentó implementar, no siempre con el éxito esperado. Para los estudiantes, sobre todo los secundarios, ir al barrio a cumplir “tareas sociales” en una UB era una experiencia muy significativa, en tanto suponía un “ascenso” en su carrera de militante. Ahora bien, la distinción estaba rodeada de una serie de obligaciones. Era necesario “ponerse a las órdenes” de un joven, que si bien cumplía con las condiciones requeridas por la organización Montoneros (ser del barrio, peronista y trabajador) muchas veces presentaba serias falencias formativas, e incluso, escasa convicción por la causa revolucionaria. Esto último surge del relato de un estudiante perteneciente a la clase media platense, formado en las aulas y las asambleas del Colegio Nacional¹¹. En la percepción de nuestro entrevistado, la experiencia, además de demostrar cierto apresuramiento de los responsables políticos de la organización en las incorporaciones y designación de la conducción de las UB, revelaba un mal direccionado “odio de clase”:

“Cuando me incorporé a la UB, la responsable nombra a un pibe que era del barrio, que ya lo habían encuadrado militarmente, tenía un nivel más que yo dentro de la ORGA [por la organización Montoneros]. Empecé a ver que el pibe era un flán. Yo y otro pibe éramos de la Facultad. Gente letrada y del centro, por lo cual le caímos medio mal. Hacíamos orden cerrado [entrenamiento militar] y nos maltrataba. Utilizaba las mismas técnicas que utilizaba el ejército; había humillación. Le dije: esto no es un entrenamiento, someternos a la humillación de pasar la lengua por el piso, a mi no me va. Bueno, me dice, pero hay que repetirlo. Le digo, voy hacer un informe. Hice el informe, el flaco me sanciona. A los 15 días lo van a buscar porque había afanado guita. Un flán era. Había mucho de eso” (EA-García Lombardi).

Finalmente, la renovación política y cultural que el gran entusiasmo de la militancia estudiantil llevaba a los barrios, muchas veces en momentos inadecua-

10- Creada en 1973, la Juventud Universitaria Peronista de La Plata (JUP), fue la agrupación estudiantil que respondía a Montoneros en el ámbito universitario.

11- El Colegio Nacional platense, la institución de enseñanza secundaria más prestigiosa de la ciudad, fue una verdadera cantera de militantes. El estado de debate que experimentó desde comienzo de los '70 con la apertura electoral, impulsado por gran parte de su cuerpo docente, constituyó una experiencia particular de la ciudad de La Plata.

dos¹², podía causar confusión entre los vecinos que se acercaban a la exigente propuesta. Muchos de los recursos simbólicos e ideológicos que la militancia implementaba no eran fácilmente traducidos por los habitantes exigiendo de aquéllos inciertas rectificaciones. Como nos cuenta un miembro del grupo de base de la UB Evita Montonera (26. Ver mapa), la proyección del film *La Hora de los Hornos*, una de las acciones político-culturales más emblemáticas de los barrios montoneros, corría el riesgo de ser mal interpretada si no se tenía en cuenta un auditorio que, además de tener una escasa formación cinematográfica, le resultaba poco familiar la idea del cine como “una arma política”:

“Íbamos a proyectar una película. Un compañero en una cartulina puso: ‘Todo espectador es un cobarde’¹³ y lo pega. Una compañera del barrio se levantó y se fue. La llamamos y le preguntamos por qué se iba, “por lo que pusiste”, nos contesta. “No -le explica el compañero- todo espectador de la historia es un cobarde”. La compañera pensó que era para los espectadores de la película. El compañero no lo hizo a propósito, estas cosas se suscitaban” (EA-José).

Esta franja militante, aún manteniendo cierta externalidad producto de diferencias que aparecían como notorias para quienes los recepcionaban (su forma de vestir, de hablar, sus rasgos físicos y sobre todo, su mensaje complejo) pudo, sin embargo, establecer vínculos duraderos y ejercer un fuerte influjo en el universo barrial. Retomaremos estos aspectos desde la perspectiva de los militantes autóctonos en el próximo punto, pero es necesario destacar que todo aquello dependió, en gran medida, de rasgos personales y “carismáticos”, como es sabido, de difícil transferencia al conjunto. Por otra parte, el favorable impacto que las figuras de la conducción o con importantes niveles de responsabilidad dentro de la organización Montoneros generalmente causaban, solía ser muy reducido en la medida en que su presencia en la UB era conocida sólo por el grupo de base. Sin duda, la figura del combatiente o el guerrillero, agigantada por la muerte en combate, caló hondo en las vocaciones militantes de aquellos que desarrollaron su activismo en los barrios. Existía una especie de pacto que consistía en encontrar el sentido último del esfuerzo militante en el reconocimiento luego de la muerte, plasmado en el nombre de una UB. Sin embargo, estas apreciaciones y aspiraciones, acompañadas muchas veces por dudas y cuestionamientos, se limitaban a los grupos de base y algunos allegados; el conjunto barrial no podía acompañar tan exigente modelo.

12- P. Asuaje cuenta en su libro testimonial y en la entrevista que realizamos este “problema estructural” en las relaciones entre la militancia y los vecinos del barrio: “Sí, claro, la gente quería descansar, aunque algunos se enganchaban. Lo que pasó es que eso fue una limitación nuestra. No entender que la gente estaba en otra cosa, laburando, cansada” (EA-Asuaje).

13- Como dijimos la película era “La Hora de los Hornos” de F. Solanas y O. Getino. La frase completa “Todo espectador es un cobarde o un traidor” pertenece a Frantz Fanon y aparece en grandes letras en el film. El militante la recogió de ahí para multiplicar su impacto.

LA MILITANCIA ORIENTADA DESDE EL BARRIO

Dentro de los anteriores testimonios es posible diferenciar, como lo hacían los protagonistas, al militante autóctono del estudiantil. Si se mantiene la voz “militante” para este último, en ocasiones podía utilizarse la expresión “activista” para designarlos o simplemente la histórica y más difundida de “compañero”. Los elementos básicos que lo definían eran su identidad peronista, forjada a través de su biografía, el habitar el barrio y su carácter de trabajador, formal o informal. Es posible detectar, al interior de esta militancia barrial autóctona, cuatro subgrupos de importancia decreciente, desde un compromiso entendido como “total” hasta otro concebido como “transitorio”: en primer lugar, los contingentes juveniles, en algunos casos casi adolescentes, con algún tipo de vínculo orgánico con la JP y agrupaciones afines, que desde el barrio y las UB se incorporaron a Montoneros¹⁴; en segundo término, el “referente barrial”, generalmente de edad más madura, figura clave para la apertura de la UB (aunque su relación con Montoneros estuvo plagada de equívocos); en tercer lugar el allegado, que abarcaba edades más variadas y cuyo vínculo con el programa revolucionario, discontinuo y variable, tuvo una base en las relaciones personales con los militantes; por último, el marginal o “lumpen”: jóvenes y poco numerosos, su disciplinamiento e integración a las actividades de las UB, constituyó un verdadero desafío.

A) JÓVENES, PERONISTAS Y MONTONEROS

Este grupo sin duda tuvo una importancia decisiva en la etapa de expansión. Abordaremos su descripción a través de la presentación de dos entrevistados, en tanto entendemos, resumen rasgos característicos de esta militancia.

Oscar A. nació en 1955, su infancia y adolescencia transcurrieron en la zona de quintas y hornos de ladrillos de las afueras de La Plata. En el seno de su familia, “terriblemente humilde” y presidida por una abuela que ostentaba con orgullo los objetos donados por Eva Perón, heredó de su padre y de su tío, trabajador y dirigente gremial del frigorífico Swift, respectivamente, sus inclinaciones peronistas combativas. Este peronismo familiar, autónomo, inorgánico, construido en base a

14- La militancia con antecedentes en la JP platense, o que podía definirse como revolucionaria tanto por la incorporación de perspectivas marxistas como por su identificación con las organizaciones armadas, presentaba a comienzos del '73 por lo menos tres camadas. La fundadora de fines de los '50 y primeros '60, la refundadora de mediados de los '60 y la identificada con el activismo partidario y revolucionario de los últimos '60 y comienzos de los '70. En el '73 podríamos hablar de un nuevo contingente. En su mayoría nacidos entre mediados y fines de los '50, se contaba entre ellos los que tuvieron como puerta de entrada los locales de la JP o la Asociación de la Juventud Peronista (AJP), ubicados en el centro o directamente los de las UB, en los barrios. Nuestra descripción se centra en esta última camada. Hemos mencionado a la AJP. Este agrupamiento tuvo una larga trayectoria en la ciudad, consolidándose como una importante puerta para los jóvenes interesados en el activismo a partir de la apertura democrática. Muchos de ellos derivaron, posteriormente, a la JP/M y otros a las organizaciones de derecha como la Confederación Nacional Universitaria (CNU), ligada posteriormente a grupos paramilitares.

historias fragmentadas, con ausencia de reflexiones y lecturas que dieran cuenta de la creciente complejidad del fenómeno¹⁵, encontró en Oscar su primera manifestación a los diecisiete años:

“Cuando viene Perón en el '72, yo laburaba en una obra. Con un chico decidimos ir a verlo, mi viejo no quería. Yo, en ese momento, no iba a ninguna UB. Fuimos hasta la estación de trenes para viajar a Ezeiza y nos encanaron. Nosotros, a esa edad, no sabíamos cómo funcionaba el peronismo”. (EA-Oscar).

Con la apertura de las primeras UB impulsadas por el PJ platense y dirigidas por “punteros ortodoxos” comenzó la militancia más orgánica del joven Oscar a comienzos del '73, incorporado a la JP. El contexto conflictivo aceleró su aprendizaje. Dos experiencias se inscriben en esta dirección. Oscar tuvo, por un lado, la posibilidad de ver con toda claridad en el acto de campaña de febrero del '73 realizado en la plaza Belgrano de 13 y 40¹⁶, la presencia arrolladora de las organizaciones armadas peronistas y, por otro, palpar cómo un reducido grupo de decididos militantes montoneros de origen universitario, “meten una cuña” en los barrios y “abren el trabajo territorial”, estableciendo contactos estratégicos en UB afines y en una parroquia con un “cura que era muy piola”¹⁷. Estos elementos se combinaron con una ruptura generacional, rasgo específico y generalizado de esta camada de militantes barriales, con la ortodoxia del partido: “nosotros éramos todos pendejos y chocabamos con los viejos”, pero esto, sin embargo, nunca terminó de extenderse a la figura de Perón.

Oscar, junto a un grupo de amigos, luego de los sucesos de Ezeiza de junio del '73 y de una breve evaluación sobre dónde localizar la UB, abrieron la Emilio Maza¹⁸ (2. Ver mapa), en un lugar sin “trabajo político previo”. En un área de influencia muy reducida, “una manzana que estaba rodeada de quintas”, gracias tanto a su pertenencia social y política, como a un tipo de militancia compatible con la condi-

15- Oscar, que no terminó la educación primaria, reprocha a su padre por lo que siente como una frustración y una limitación a su trayectoria militante. El peronismo resistente del padre evaluó como “gorilas” a las autoridades escolares y decidió no enviar más a sus hijos a la escuela. Esta decisión se combinó con las necesidades económicas familiares y las dificultades, para una familia humilde de la periferia platense durante los primeros '60, para el traslado al establecimiento escolar.

16- A este acto, realizado en cercanías de la periferia barrial más activa y organizado por la JP/M, asistieron más de 40 mil personas, según datos de la prensa local. Contando con la presencia, entre otros, de Cámpora y Bidegain, candidatos a presidente y gobernador de la provincia de Buenos Aires, respectivamente, permitió observar la capacidad movilizadora de las fuerzas juveniles locales y su identificación con las organizaciones armadas peronistas. (El Día, 28/2/73)

17- Sin embargo, en la zona la inserción barrial de montoneros, hasta donde nosotros hemos podido indagar, no contó con el apoyo, según muchos trabajos decisivos, de los curas enrolados en el Movimiento del Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM). En la entrevista con Oscar si bien se recoge este vínculo, aunque sin demasiadas proyecciones, se refiere a un sacerdote - “piola en ese momento”- que posteriormente elaboró una crítica visión a toda la experiencia. Otros testimonio dan cuenta de un tipo de participación del movimiento católico limitado al trabajo de asistencia social y, posteriormente, a la protección de algunos militantes perseguidos por la represión de la dictadura.

ción de trabajador y basada en la resolución casera de sencillas carencias materiales, los integrantes de la UB Emilio Maza fueron ganando prestigio y confianza entre los vecinos:

“Nosotros sin alabanzas, éramos los mejores del barrio, comparados con otros jóvenes del barrio que no militaban. Nosotros éramos los que más trabajábamos, la gente justamente por eso, creo, que nos ayudaba. La primera tarea fue hacer una vereda con escombros. Conseguimos un caballo en una obra en la que yo trabajaba, hicimos un alisado y quedó la vereda”.

Como era de rutina, al pequeño “grupo de base”, cinco o seis jóvenes de diecisiete a dieciocho años todos del barrio, le fue asignado un “responsable”, que la conducción zonal del Montoneros trasladó desde una UB cercana más consolidada. Entre el conjunto de fuerzas políticas peronistas que operaban a nivel barrial, Oscar y su grupo mantuvieron relaciones amistosas con los miembros del PJ pero, tanto por su filiación montonera como por su insolencia juvenil -“hay que reconocer que estábamos pasados de roscas”- encontró en los sectores vinculados a la dirigencia sindical, sobre todo en la local Unión Obrera Metalúrgica (UOM), acérrimos enemigos.

La penetración que logró la UB E. Maza entre los vecinos del barrio, fue capilar. Sin embargo, el testimonio sugiere la fuerte dificultad que tuvieron para dejar de ser considerados como un voluntariado social y que sus iniciativas políticas estuvieran subordinadas a ese rol:

“La gente nos tenía tanta confianza que había mamás que iban a laburar y nos dejaban los bebés para llevarlos a vacunar. Nosotros éramos unos perfectos asistentes sociales. Cuando repartíamos decíamos vos tenés tres chicos y te corresponde tanto de azúcar y tanto de leche”. (EA-Oscar)

La formación política de Oscar estuvo exclusivamente asociada a esta experiencia. Como miembro del grupo de base participaba en reuniones semanales, donde se leían y debatían los documentos y la prensa de la organización Montoneros y se sacaban conclusiones en torno a la coyuntura. El aprendizaje de tipo informal, es decir, basado en charlas o discusiones más o menos espontáneas con universitarios o militantes experimentados sobre “teoría la revolucionaria” marxista o guevarista, se encontró con diferentes obstáculos:

“Yo antes no había leído nada, sólo leí con los compañeros. Había leído *La razón de mi vida*, algo de Marx. Pero nosotros lo hacíamos con la práctica. Al Che no lo leímos, teníamos un compañero que había estado con El Che y con Massetti, yo tenía diferencias, como buen peronista. Normalmente los compañeros que habían leído mucho a Marx con Perón eran críticos y chocabamos”. (EA-Oscar)

Por su parte, nuestro otro entrevistado, Roberto A. nació en Tucumán a co-

18- Emilio Maza fue uno de los miembros fundadores de Montoneros y partícipe central del secuestro y “ajusticiamiento” de P. E. Aramburu. Muere en julio de 1970 luego de un enfrentamiento con fuerzas policiales. (Baschetti, 2007, pág. 37)

mienzos de los '50 y llegó a La Plata con su familia en 1958. Su padre, un trabajador de la construcción, si bien cultivó una incipiente conciencia crítica al sistema de dominación, impulsó a sus hijos hacia los ideales del modelo de la movilidad ascendente, apoyando el cumplimiento de la primaria obligatoria. El reconocimiento a Perón y sus planes de integración social fue un eco constante en el ambiente familiar de Roberto, expresado en charlas y reuniones ocasionales de amigos y compañeros de su padre, sin que esto implicara un activismo definido. Hacia fines de los '60 al morir aquel, Roberto pierde ciertas ventajas, como trabajar medio día e intentar terminar su educación secundaria. De manera que luego del servicio militar (el adiestramiento básico en el uso de armas tuvo cierta relevancia para quienes iban a comenzar su militancia en el contexto de la radicalización) ingresó de lleno al mundo laboral y al activismo político.

En marzo de 1973, recuerda Roberto, sin contactos con el partido o las agrupaciones peronistas que florecían, fue convocado a participar en una UB de la zona de Tolosa, por donde él pasaba diariamente rumbo a su trabajo y a la que ya se habían incorporado compañeros y amigos suyos de la infancia. Este sencillo mecanismo de incorporación, para un joven cuyas convicciones políticas aún no estaban consolidadas, fue eficiente en tanto se desarrolló en los ambientes populares y se valió de una gama amplia de recursos que incluía actividades orientadas a canalizar las expectativas de participación política y las propias de los jóvenes en proceso de maduración¹⁹. Sin embargo, como sucedió con la mayoría de esta franja de la militancia barrial, los sucesos de Ezeiza fueron para Roberto el verdadero momento de “entrada” al universo de la radicalización:

“En Ezeiza no entendía nada, era una cosa de locos ver como disparaban de arriba del palco. Vi cómo mataban a compañeros delante mío. Después volvemos y empiezo a preguntar y vienen las explicaciones sobre la derecha y la izquierda” (EA- Roberto).

A partir de ese momento el trabajo barrial, que se extendió en su caso durante más de dos años, permitió a Roberto cimentar su ascendencia y prestigio como militante. Siendo parte del grupo de base de la UB Capuano Martínez²⁰ (23. Ver mapa), participó de una variada cantidad de actividades que incluyó a las institu-

19- Roberto recuerda vivamente las circunstancias y los motivos de su primer acercamiento a la UB montonera Capuano Martínez de Tolosa, donde transcurrió la mayor parte de su militancia hasta fines del '75, momento en el que se incorporó “oficialmente” a Montoneros: “Los muchachos de la UB me invitan a un cumpleaños de 15, ahí en el barrio. Pero me dicen, nos vemos en la UB y después vamos al cumpleaños. Vos a toda costa me querés enganchar, le dije. En la UB había una reunión en la que estaban hablando sobre un pedacito de terreno que tenían para hacer un centro asistencial. Obras Públicas había entregado material pero no alcanzaba; dos o tres que hablaban y la gente del barrio escuchaba. Yo me acerco a mi amigo y le digo: cuando cobren pongan un peso, armas, un libro y van comprando de a poco los materiales. Mi amigo me manda al frente, sin consultar, acá el compañero tiene una moción. Lo expliqué y convocaron a todo el barrio para debatirlo. Ahí me engancharon”. (EA-Roberto)

20- Carlos Capuano Martínez otro miembro fundador de Montoneros, muere en agosto de 1972 en un tiroteo con fuerzas de seguridad (Baschetti, 2007, pág. 103).

ciones del barrio. Su formación, que como en el caso anterior era a tiempo parcial por las obligaciones laborales, se basó en la lectura y discusión de los documentos y la prensa partidaria y en una fuerte prescripción hacia una vida ordenada.

Roberto destaca particularmente la importancia que tuvo para la conformación de su vocación militante la presencia de importantes figuras zonales de la organización Montoneros que frecuentaban su connotada UB y la consolidación de un clima horizontal y democrático que él había percibido en sus primeras experiencias y que asociaba a las reuniones entre compañeros en la casa paterna:

“Como se venía trabajando en las reuniones, nadie, supuestamente, era jefe. Por ahí uno manejaba más la cosa, tenía más responsabilidades, pero no quería decir que era el dueño. Era como yo escuchaba y veía, de tras de la puerta, conversar a los compañeros de mi viejo mientras comían un asado”.
(EA-Roberto)

Podríamos concluir diciendo que a lo largo de todo el proceso, tanto Oscar como Roberto mantuvieron en alta consideración sus acciones y su convicción por la causa “popular y revolucionaria”, aunque el rescate se centra en las conductas de sus grupos de referencia inmediata. En este sentido, es posible afirmar que siempre se percibieron con una mayor “sensibilidad popular” en comparación, no sólo de la entusiasta militancia estudiantil sino, incluso, de los fogueados “cuadros” montoneros:

“Esos militantes [los cuadros montoneros] tenían contacto fluido con la gente del barrio con mayor predisposición a participar. Pero era difícil que tuvieran el manejo más de fondo. Ahí estábamos nosotros, que éramos de ahí, que conocíamos la historia de cada uno. De la militancia que venía, los del barrio no conocían nada: de dónde venían, que apellido tenían”. (EA-Roberto)

Tal vez, en términos subjetivos, esta autoevaluación estaba impregnada de cierta inmadurez y escaso espíritu crítico a los límites revolucionario del peronismo clásico: “nosotros decíamos que éramos los verdaderos peronistas, nosotros teníamos el fuego interior del peronismo” (EA-Oscar). Pero tuvo algunas pruebas contundentes, percibidas retrospectivamente. En primer lugar, su vínculo con los vecinos del barrio, del que eran parte, se mantuvo a pesar del cambiante proceso. Su activismo y presencia barrial continuó, muchas veces en soledad, luego del pasaje a la clandestinidad de Montoneros en setiembre del '73 y el cierre de las UB. Por otro lado, fue sobre militantes como Oscar y Roberto, que recayó la tarea de mantener y reconstruir los lazos con las familias y allegados, que en los hechos implicaba al barrio entero, luego de las primeras víctimas de la violencia parapolicial, dirigida, precisamente, a estos sectores. Por último muchos de estos jóvenes, ya como miembros a tiempo completo de Montoneros y en plena dictadura, recibieron el apoyo, que en variadas ocasiones significó salvar la vida de sus vecinos que los conocían desde niños.

B) EL REFERENTE BARRIAL: PERONISTAS CON SERIEDAD Y MADUREZ

La construcción de una extendida red de unidades básicas, además de la relevante presencia de los jóvenes autóctonos, necesitó de otro actor diferenciable. La propuesta debió dotarse de mayor seriedad y madurez, en tanto que muchos de aquellos eran casi adolescentes. El paso inicial siempre consistió en contar con la participación del “referente barrial”. Se trataba de un líder social, que en algunos casos se trató de una mujer, con componentes carismáticos, pero también tradicionales, típicamente legitimantes entre los sectores populares: un trabajo reconocido, mejor aún un oficio ejercido con comprobada destreza; responsabilidad en la gestión familiar; una familia numerosa que podía ser útil para las actividades sociales y políticas y antecedentes conocidos en conflictos contra la patronal; sin ser esto último excluyente. Una de las novedades que el proceso de radicalización presentó fue, en gran parte, la activación de estas figuras barriales. Sumidos en la desconfianza y el extrañamiento hacia la actividad política, producto del fracaso de la ideología dominante en el empeño de captar su solidaridad, encontraron en el “programa rebelde” de JP/M un mecanismo para superar el desencanto y de esta manera “lo que era indiferente y tolerable se vuelve intolerable” (Ansart, 1983, pág. 87-88). Por supuesto, muchas veces la adhesión a dicho programa debió estar acompañada de “incentivos selectivos materiales” (Panebianco, 1990), entre los que se podían incluir la obtención de un puesto de trabajo o la incorporación en un listado de espera que contemplaba la construcción de un complejo de viviendas populares.

Algunos de los testimonios son elocuentes en cuanto a la apoyatura que significó la participación de este actor: “En muchos lugares había un caudillo, un referente, que se hacía JP/M, o la estructura de la JP/M se armaba buscando el referente, creando la UB y desarrollándola.” (EA-García Lombardi) La articulación con el mundo barrial se lograba

“a través del puntero del barrio, entre las mujeres la que tenía más amigas. Era, además, un peronista reconocido. Por ejemplo en la Capuano Martínez, el referente era el mismo dueño de la casa donde funcionaba la unidad básica. Un compañero que vivía en la villa, un albañil. Todo lo que se quisiera modificar en el barrio pasaba por él. Era joven, pero un poco más grande que nosotros, era como una llave que abría la puerta del barrio.” (EA-Hernández).

Esta última declaración se refiere a una figura sobre la que nos vamos a detener debido a su relevancia en la zona y con la intención de describir su trayectoria como prototipo de esta categoría de “referente barrial”. Se trata de Luján “Cacho” A., un migrante interno de la provincia de Corrientes que llegó a La Plata en el 1963 con veintitrés años de edad como trabajador de la construcción, oficio altamente valorado entre los sectores populares por su funcionalidad con un objetivo primordial: la vivienda propia. Por otra parte, esta funcionalidad se extendía a una cues-

ción reivindicativa del proyecto de Montoneros: un importante contingente de los habitantes barriales que participaron en él, en carácter de allegados o colaboradores, fueron trabajadores de la construcción, muchos, como Cacho, autónomos²¹.

Cacho había desarrollado una fuerte vocación solidaria y de lucha reivindicativa por su experiencia como delegado en una empresa constructora con más de tres mil trabajadores, coronada con algunos triunfos sobre los fieros patrones de la construcción²². De esta manera, sin ninguna afiliación política previa, salvo su condición “natural” de peronista (como su padre, un “peronista de la casa nada más”), fue contactado en 1973: “por los compañeros, porque yo era el que conocía más el barrio” (EA-Cacho), para incorporarse a la unidad básica Capuano Martínez que funcionaba en una de las *villas miseria* de la zona de Tolosa. (23. Ver mapa) Como líder de las tareas de mejoramiento barrial gracias a su oficio, Cacho comenzó a recorrer la periferia platense proyectando su figura a nivel local. De esta manera, la Capuano Martínez se convirtió en lugar de referencia para la militancia, sobre todo la estudiantil. En palabras de Cacho: “...porque esta UB, tuve la suerte, fue como una escuela para los militantes. Porque si había un militante de la JUP o de la UES²³, lo mandaban a la Capuano a militar”. (EA-Cacho)

Durante el gobierno de Bidegain, la JPM impulsó un proyecto consistente en entregar a sus habitantes las tierras fiscales que ocupaban. Cacho fue designado para tener una entrevista con el gobernador que se frustró por su renuncia en enero del '74. De manera inmediata se lanzó el Movimiento Villero Peronista de La Plata, Berisso y Ensenada presidido por el propio Cacho, que agrupó a las villas Dardo Rocha y el Churrasco en Tolosa y la del Arroyo del Gato en Ringuet. Luego de unas pocas reuniones esta organización popular con un programa específico consistente en evitar las erradicaciones masivas, obtener la propiedad de las tierras fiscales e impulsar la autoconstrucción a través de la metodología de la movilización permanente, en una posición crecientemente subordinada dentro de la estrategia de JPM, y sin ningún tipo de apoyo estatal, a pesar de muchos esfuerzos, no pudo sostenerse. Para Cacho el desvalidamiento de sus miembros explicó en parte la falta de continuidad del proyecto.

“Era toda gente de barrios humildes que no tenía mucha escuela, yo tuve sexto grado. Porque lo intentamos un montón de tiempo, pero la gente era

21- Hacia los '70, como dijimos, las actividades ocupacionales que prevalecían en los barrios populares urbanos o villas miseria eran, entre los hombres, obrero de la construcción y, entre las mujeres, empleada doméstica remunerada. (Ziccardi, 1984)

22- Las batallas ganadas habían fortalecido el activismo de Cacho. Era conocido entre los que acumularon experiencia política en el período abierto en el '55 que las derrotas en las luchas obreras reivindicativas no sólo traían como consecuencia cárceles, persecuciones y retroceso en los derechos laborales, sino también una caída de la voluntad o vocación solidaria propia de los sectores populares. Contrariamente, un ciclo de triunfos generaba un fuerte impulso de estas vocaciones.

23- La Unión de Estudiantes Secundarios (UES) era la agrupación que congregaba a los colegios secundarios, identificada con Montoneros.

quedada, medio que tenía miedo de ir a la casa de gobierno, por ejemplo.

Toda gente del interior del país, tímida.” (EA-Cacho).

Para este activista tolosano su experiencia militante significó una época dorada para él y su comunidad barrial, por la variada actividad social y cultural, la riqueza de los contactos con los contingentes estudiantiles, cargados muchas veces de provisiones para realizar multitudinarias comidas. La formación a través de la lectura de *Descamisado y Noticias* y las charlas periódicas sobre la realidad argentina y las condiciones de explotación de la clase obrera, así como las relaciones entrañables que estableció con algunos de los dirigentes montoneros más relevantes de la zona, sobre todo durante el comienzo de la dictadura²⁴, constituyeron para Cacho un verdadero legado. Con muchos “aspirantes”²⁵ forjó vínculos personales fuera de la actividad militante, gracias a su condición de trabajador autónomo, contratando a muchos de ellos, estudiantes del interior, como peones de albañil, bajo condiciones laborales casi paternalistas²⁶. Por supuesto que el balance de Cacho también incluye los costos de su activismo radicalizado: detenido en 1977 permaneció en condición de desaparecido durante dos años y pudo escuchar de sus carceleros: “A estos hay que terminarlos a todos para que no enseñen a otros” (EA-Cacho). Al recuperar la libertad el barrio organizó un espontáneo e inolvidable recibimiento que nuestro entrevistado atribuye al agradecimiento por esos años de actividad militante, que no pudo volver a recrear en los años posteriores.

El caso de Cacho, si bien no constituyó una excepción, tampoco fue una realidad extendida. Los vínculos que se establecían con estos referentes zonales no siempre eran duraderos, en la medida en que las relaciones clientelares, cuya reciente “visibilidad” no debiera borrarlas de épocas signadas por la “lucha de ideas” y los programas políticos revolucionarios, operaban a nivel de los sectores populares:

“En la UB Evita Montonera (26. Ver mapa) teníamos un derecho del peonismo, con el cual tuvimos siempre quilombos. No llegamos al enfrenta-

24- Como afirmamos, la trayectoria de Cacho compendia las etapas de toda esta experiencia barrial. Ya desde mediados del '75, y más claramente con el golpe, la actividad pública de las unidades básicas cesó, pero las casas de los militantes barriales, donde algunas de ellas funcionaban, iban a ser parte de la red de seguridad que Montoneros intentó articular ante el avance implacable de la represión. Fue durante este período que nuestro entrevistado estableció fuertes vínculos personales y afectivos con los dirigentes montoneros que se replegaban en el barrio. Sobre el caso de un militante montonero muy conocido de La Plata nos hizo un sentido relato: “Lo que pasa que él venía disfrazado. Yo tenía un bolichito ahí en mi casa, entonces él pasaba y se compraba sus salchichas y su pancito y nos contaba cosas. Lo “secuestré” yo y lo escondí, lo guardé. Cuando yo estaba encanutado [detenido], acá en la brigada siento que dicen. ‘al bocha no lo iban a encontrar nunca, estaba adentro de un monte’. Pero me lo mataron. Lo mataron en un bar de La Loma [zona cercana a Tolosa]” (EA-Cacho).

25- Esta categoría era ocupada por los jóvenes que militaban en los “frentes de masas” y aspiraban a entrar a la organización luego de una serie de evaluaciones. Existen una serie de trabajos testimoniales que describen este proceso; ver (Robles, A., 2004); (Asuaje, 2004); (Amorín, 2005).

26- Cacho tenía una pequeña empresa constructora en la que participó, como asociado, otro de nuestros entrevistados, con similares características sociopolíticas y una dilatada trayectoria en Montoneros.

miento armado, pero nos sacó el referente que teníamos nosotros, lo compró y se lo llevó a laburar con él, me acuerdo el día que llegó Norma Kennedy a repartir colchones” (EA-José).

Por otro lado, un gran número de estos referentes barriales venían con una vasta experiencia dentro del peronismo partidario, y con la apertura democrática son los primeros en constituir unidades básicas; algunos antecedentes son de 1971. Un caso que puede ser representativo fue el de Melchor Romero donde, desde mediados de 1972 funcionaba la UB número uno, según los testimonios una de las primeras en la zona que respondía al PJ. Todas las menciones a su impulsor lo caracterizan como un típico caudillo peronista “ortodoxo”. Un puntero político, en términos de la teoría clientelar, que evolucionó hacia a la “derecha” cuando las posiciones se polarizaron. Lo particular fue que esta UB funcionó como un centro político abierto a todos los grupos juveniles peronistas de la zona que se congregaron. Con los hechos de Ezeiza de 1973, estos jóvenes, ya agrupados en JP/M se desprenden y constituyen la UB Raúl Obregoso²⁷ (13. Ver mapa).

Sin pretender agotar las diferentes formas que el contacto barrial adoptó, siempre funcionando como referencia o entrada al barrio, éste también podía ser una familia numerosa. Es decir, una red de hermanos y primos generalmente jóvenes, a la que se buscaba articular a través de variadas actividades, aunque en condiciones de inestabilidad. Los testimonios mencionan casos famosos de grupos familiares cuya “cabeza”, el padre o el hermano mayor, mostrando una fuerte vocación de participación, casi siempre exagerando la exposición y de manera inorgánica, lograban dar forma a una pequeña fuerza. El recurso estratégico que aportaban era la propia casa, que en variadas ocasiones fue el lugar donde funcionaban las UB. El dinamismo y la consistencia de estas redes familiares es de difícil evaluación. El elemento que puede servir para apreciar su significación, fue haberse constituido en uno de los primeros blancos de la represión parapolicial que se desató en la zona. El ataque a los referentes familiares, probablemente asociado con la dinámica que presentó la violencia local, tuvo un caso emblemático en el atentado a la familia Chaves, de un perfil activista más orgánico y partidario que el de nuestros ejemplos.²⁸ En agosto del '74 fueron secuestrados y asesinados el padre y uno de

27- Raúl Horacio Obregoso fue un joven recién iniciado en la militancia de la zona de Melchor Romero que concurrió a Ezeiza en junio del '73 y murió asesinado en una de las refriegas. Su muerte tuvo un importante impacto en las fuerzas políticas peronistas platense que organizaron un homenaje con presencia de funcionarios municipales, como el intendente R. Cartier, durante el entierro en el cementerio local. La militancia juvenil de la sección séptima, de la que era oriundo Obregoso, responsabilizó a la burocracia sindical y partidaria, rompió con el líder zonal y puso el nombre del joven asesinado a su unidad básica.

28- El padre, Horacio Chaves, fue protagonista local del levantamiento cívico-militar de 1956 contra el gobierno de la Revolución Libertadora, encabezado a nivel nacional por el General Valle. Preso y perseguido durante muchos años, Horacio, fue un símbolo del militante incorruptible para los jóvenes platenses. Su hijo, Gonzalo, fue uno de los primeros miembros de la JP platense e impulsor de la incorporación a Montoneros.

los hermanos, un joven discapacitado (Chaves y Lewinger, 1999). Esta estrategia represiva consistente en golpear al grupo familiar se mantuvo con cierta intermitencia desde mediados del '74 hasta el golpe de marzo del '76. No obstante, y en gran parte gracias al activismo político de estas familias numerosas, el universo barrial montonero fue poblándose de uno de sus actores centrales: el allegado.

C) EL ALLEGADO Y LAS RELACIONES POLÍTICAS PERSONALES

El rasgo específico del allegado fue el carácter discontinuo de sus intervenciones, muy determinadas por el contenido reivindicativo de las actividades que involucraban a los grupos familiares. Su identificación "natural" con el peronismo, permitió la rápida incorporación a la estrategia de movilización de la JP/M por la vuelta de Perón y las elecciones, así como al amplio programa de acciones barriales reivindicativas impulsadas durante el gobierno de Bidegain. Sin embargo, probablemente la figura del allegado ganó más especificidad y significación en la etapa que se inició con el "pasaje a la clandestinidad" hacia setiembre de 1974. Podríamos afirmar que, como producto del fenómeno de la radicalización, a partir de esas fechas las casas y los espacios barriales fueron claves para preservar materiales y personas, actividades en que los allegados cobraron un papel muchas veces decisivo. Estos tenían la prerrogativa de aceptar o no convertirse en custodios de los recursos materiales y humanos de la JP/M. En general, las acciones de este tipo eran comunicadas a aquellos que se evaluaban como los más propensos hacerlo. Ahora bien, no estaba claro para la militancia, en general luego de reflexiones autocríticas posteriores a los hechos, que esta propensión descansara en la convicción de los allegados sobre el carácter legítimo del programa revolucionario montonero sino, centralmente, en el afecto, la confianza y el conocimiento directo. Las formas que adoptó esta comprometida intervención política, en un clima de temor y desconfianza, las podemos entrever en el relato que nos hizo una militante estudiantil con un fuerte arraigo familiar y personal en un barrio obrero de la zona de Berisso:

"Una vez había que guardar un mimeógrafo por unos días, antes del golpe, ya cuando no se podía tenerlo en la UB. Un compañero dijo que sí, siempre y cuando lo hiciéramos a la noche, no de día, porque lo iba a ver el barrio. Como eso se guardaron armas. Generalmente, eran compañeros con los que teníamos otro nivel de discusión. A veces te pones a pensar la gente que comprometimos y que, por ahí, no sé si era por compromiso político que tenían o era más por una cuestión afectiva. Por ejemplo, cuando les pedíamos las casas para hacer reuniones. Concretamente, les dijimos que no podíamos reunirnos más en la UB, entonces nos dicen: ¿la reunión es de ustedes? Le dijimos no, nosotros no vamos a estar. Para ustedes sí, para otro no, dijeron; ahí se cortó. No obstante, hubo casos que nos dijeron que sí, sabiendo que venían compañeros que ellos no conocían. Aunque no le decía-

mos que era de la conducción militar de montoneros, sí que eran compañeros". (EA-Miriam)

Siguiendo con nuestra estrategia de exposición, para lograr una mejor aproximación a la figura de allegado, analizaremos una entrevista que realizamos a uno de ellos. La particular trayectoria de Osvaldo "Tito" M., excepcional en alguno de sus tramos en la medida en que llegó a ser colaborador, o "periférico", de Montoneros durante muchos años, revela la importancia que cobraron los allegados en el contexto de la radicalización. Los fuertes vínculos personales, en el caso de Tito hoy perdurables, que establecieron con los jóvenes radicalizados explican, en gran medida, el haberse mantenido activos a lo largo de todo el proceso.

Tito, nacido a fines de la década del treinta, conoció de manera directa el peronismo fundacional. Su infancia, y parte de su adolescencia, quedaron marcadas por el programa reivindicativo de Perón y Eva Perón, evaluado por Tito a la medida de su condición social, incorporando e integrando institucionalmente sus actividades juveniles:

"Todos fuimos peronistas [se refiere a su contexto familiar y barrial]. Fui pobre toda la vida y ¿qué podía ser? Yo jugaba al fútbol en los campeonatos Evita. Nosotros en un juvenil acá en La Plata, salimos segundos. Fue con los primeros zapatos de fútbol que estrené. Me los regaló Aloé. Nos llevó a todos la señorita de segundo grado" (EA-Tito).

Sin embargo, su militancia política no comenzó sino hasta mediados de los '70. Tal vez pueda afirmarse que operó en él esa condición peronista caracterizada como más integrativa y que la dinámica de la radicalización, con sus agentes juveniles y sus hechos disruptivos, impulsaron hacia un activismo decidido:

"Yo no me incorporé a la resistencia, nada que ver, a mi hermano siempre le gustó más. Yo entré a la militancia por mi hermano, que militaba en la Quispe (10. Ver mapa) Yo entré después de que él cayó. Porque a él lo mataron. Tenía tanta rabia por lo que le había pasado a mi hermano" (EA-Tito).²⁹

Tito, dando comienzo a una dilatada trayectoria como allegado o colaborador de Montoneros luego del asesinato de su admirado hermano, mantuvo durante todo el proceso, incluso en los años de mayor represión, un rasgo que caracterizaba a este tipo de militante: la no ruptura con sus lazos laborales y de pertenencia familiar y barrial. Para gran parte de los sectores populares, la asunción del programa montonero y las condiciones de la vida clandestina que supuso, representaron una barrera difícil de superar. Dejar el trabajo y abandonar la casa propia eran exigencias sistemáticamente rechazadas por militantes como Tito:

29- La mención de nuestro entrevistado es al secuestro y posterior homicidio del obrero de la construcción y joven militante barrial de la zona de Melchor Romero, Francisco Oscar Martínez, ocurrido en junio de 1974. Debido a que permaneció desaparecido durante tres días, el comando local de la JP denunció el hecho a través de un comunicado de prensa, interpretándolo como el comienzo, en La Plata, de la escalada que venían sucediéndose, contra esta franja de la militancia, en otros centros urbanos (El Día, 11/6/74).

“Fue bravo, estoy porque el destino de Dios quiso que no me pasara nada. Yo no tendría que estar acá, tendría que haberme ido y sin embargo me quedé. La responsable me dijo andate, ¿y adónde iba ir con los bolsillos vacíos? Le dije no me voy, que me maten, pero me quedo en mi casa. Además, yo trabajaba en la municipalidad, firmaba la entrada y la salida, pero nadie sospechaba que yo estaba adentro” (EA- Tito).

Ese aferrarse a las condiciones primarias, sociales, laborales y políticas, es evaluado, si bien retrospectivamente aunque puede suponerse que también de forma contemporánea a los hechos, como un inesperado mecanismo de seguridad. Tito se sintió protegido por ser un viejo vecino del barrio, pero sobre todo, porque fue diferenciado de quienes, partícipes como él del programa montonero, no eran reconocidos como iguales: “A mí me salvó además la gente de acá, era toda conocida y sabía que yo en cosas raras no andaba y me quería mucho. Se luchó para traerlo (a Perón), yo no digo que no hicimos. También así nos mataron, nos mataron a nuestros hijos, te mataban a los chicos” (EA-Tito).

Tito, en su balance sobre aquella experiencia, signada por el sufrimiento debido a la pérdida de compañeros, el dolor de sus padres por la muerte del hermano y el deterioro de su propia esposa que lo acompañó en la comprometida tarea de protección de los jóvenes perseguidos, rescata, sin embargo aspectos de su aprendizaje político. En primer lugar, reconoce su total ignorancia al momento de su incorporación sobre las prácticas políticas y el rápido aprendizaje que supuso el contacto con los jóvenes, presente en un vocabulario, tal vez irremediamente perdido: “Yo todo lo aprendí con ellos: las citas de seguridad, los operativos, manejar un revólver, los trabajos a la tardecita en la UB y las lecturas de documentos que traían los responsables” (EA-Tito). La fuerza de estas experiencias y la imposibilidad de actualizarlas, cobra mayor significación para nuestro entrevistado cuando compara algunos intentos fallidos durante los años ‘90 “Lo único que trabajé fue un poquito con Menem, pero al final nos engañó. No, nada que ver con esa experiencia. Todo lo anterior quedó grabado para mí” (EA-Tito).

Nuevamente, podríamos ensayar una evaluación de esta franja militante en el contexto del accionar radicalizado. Diferentes testimonios nos cuentan que los ataques del que fueron blanco, muchas veces lograron los objetivos que se proponían: apartar a las familias de los colaboradores de la actividad militante y enfrenarlas con los jóvenes montoneros. Este fue el caso, ocurrido a mediados de 1975, en la zona de influencia de la Capuano Martínez, UB montonera, como ya comentamos, conocida por su amplia actividad en Tolosa. Mencionaremos con algún detalle lo sucedido porque nos muestra al barrio convertido en escenario del enfrentamiento armado, las características muchas veces “caseras” de las operaciones montoneras y las distintas repercusiones que se suscitaron al interior de los actores.

Como parte del objetivo de Montoneros tendiente a denunciar la actuación de las Tres A en La Plata, se organizó en la ciudad una amplia campaña de propa-

ganda que debía realizarse de manera conjunta. Un miembro de la organización, Rodolfo, dirigió con ese propósito una “volanteada”, que tomaba como base de operaciones la mencionada UB Capuano Martínez. Para llevarla adelante solicitó a Norberto, un joven del barrio con una relación incipiente con el grupo de la UB, su moto recién adquirida. Norberto dudó en un principio, lo que produjo que la acción quedara “asilada”, para aceptar luego con la condición de ser él quien manejara, mientras Rodolfo lanzaba los panfletos. Interceptados a mitad de camino por un grupo parapolicial fueron acribillados en pleno centro barrial. El asesinato de Norberto provocó una retracción casi definitiva del activismo barrial, que concurrió, no obstante, en forma masiva a su velatorio. La familia del joven responsabilizó de manera directa a la jefatura de la UB por esta muerte. Según nos cuenta quien era parte de esa jefatura y había desarrollado fuertes vínculos con el joven asesinado y su familia:

“Norberto trabaja en la Capuano Martínez y era del barrio. Durante mucho tiempo hubo un gran resentimiento de la familia hacia nosotros, decían que lo habíamos llevado a la muerte. Era un muchacho de veintitrés o veinticuatro años que vivía justo en la zona de la villa. Intentamos acercarnos a la familia, pero no quisieron saber nada. Teníamos una buena relación con la madre y la hermana; Rodolfo particularmente [el activista Montonero]. Había sectores dentro del barrio donde cada militante tenía más acercamiento que con otros. Ese sector [la familia de Norberto], justamente, era en el que nosotros trabajábamos” (EA-Roberto A.)

D) LÚMPENES Y BARRAS BRAVAS

Podemos finalmente mencionar a la figura del lumpen, presente, como en toda actividad política, en su etapa de crecimiento y conflicto, y más claramente entre los sectores populares. Si bien no contamos con testimonios directos, los que utilizamos son “indirectos”, evocan el fenómeno en su pintoresquismo, y no podemos ofrecer una reconstrucción con las características de las anteriores, su mención nos permite completar el cuadro barrial montonero y realizar algunas reflexiones.

Destacar la existencia de esta figura puede servir para dar cuenta de una evaluación global que ciertos sectores hacían, contemporáneamente a los hechos, sobre los componentes de la población barrial que abastecieron la “explosiva” movilización que se aglutinó en torno a la JP/M a comienzos del '73. En efecto, siguiendo los testimonios, en Berisso se dio un hecho único en la zona que permite establecer comparaciones y contar con una perspectiva crítica proveniente de los propios grupos radicalizados: el trabajo conjunto de JP/M y FAP/PB³⁰ en el barrio obre-

30- Las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y el Peronismo de Base (PB) tuvieron una importante inserción de la zona de Berisso y Ensenada donde realizaron trabajos barriales conjuntos con la JP y Montoneros. Dentro del peronismo de izquierda fueron los impulsores de llamado “alternativismo” una corriente crítica a las burocracias partidarias y sindicales e incluso al liderazgo de Perón. Sobre su origen y desarrollo ver Duhalde y Pérez, 2003.

ro Juan B. Justo. Para un dirigente de extensa trayectoria en las FAP/PB, la contundencia de la propuesta, "poco seria" pero de innegable impacto masivo de la JP/M, se explica en parte porque:

"Muchas veces cuando aparece algo nuevo el primero que se prende es el más oportunista. Para los más jóvenes, peronismo, movilización y fierros, todo era atractivo. Algunas construcciones de la JP eran con lo menos serio del barrio, lo menos jerarquizado. Pero juntar gente, juntaban igual. La vanguardia del barrio se prendía, se iba a la política." (EA-Cieza).

Indudablemente, el carácter masivo de la experiencia hacía probable la incorporación poco selectiva, pero, además, esta declaración recoge un elemento atribuible a esta franja de la radicalización. Los jóvenes peronistas de los barrios platenses movilizados en torno a la divisa montonera, se identificaron también con una tradición del peronismo que muchos analistas destacan: su carácter festivo e iconoclasta.

Emergente de ese universo, el lumpen poseía un rasgo que lo hacía identificable para la militancia, portadora ya de valores que constreñían al trabajo y la disciplina: la notoria falta de una ocupación conocida o más o menos regular. Según la descripción crítica de una militante de las FAP de Berisso, compartido por los jóvenes de la JP: "Era el único que no trabajaba. Era como que estaba muy identificado, el vago, el que no laburaba, comparando con hoy que la mayoría no trabaja" (AE-Celina). El otro elemento lo constituían las condiciones de desorganización familiar en las que muchos de estos pobladores barriales se encontraban, que impresionaba vivamente a los militantes, sobre todo a las mujeres. Si bien la convivencia con muchos de ellos en los reducidos espacios barriales tuvo momentos de tensión, que fueron aumentando a medida que creció el aislamiento y la persecución, el control y la integración de estos sectores al proyecto revolucionario fue un objetivo posible y deseable. Esta posibilidad aumentó durante los procesos electorales. La JP/M incorporó a las campañas electorales del '73 a algunos de los miembros de la "barra brava" de uno de los clubes de fútbol más importantes de la ciudad, aportando colorido y festividad.

Hacia mediados del '75 el prestigio de la JP fue decreciendo. Podríamos afirmar que en la percepción de los sectores marginados, el alejamiento del peronismo le restaba capacidad de prestación. Por otro lado, algunos de ellos fueron los primeros en el ámbito barrial penetrados por la ideología "antimontonera" impulsada por la derecha peronista y comenzaron a tener actitudes agresivas hacia los jóvenes. Estos, a su vez, orientaban sus esfuerzos en otras direcciones, como las fábricas o el "combate urbano" y fueron consolidando criterios más selectivos de incorporación.

El siguiente testimonio de una joven militante de la JP/M de la zona de Los Hornos, cuyo origen social la acercaba y le permitió un trato fluido con esta franja de la población barrial, nos brinda una síntesis de todo lo dicho y deja entrever la corriente de hostilidad que fue tomando forma al final del proceso:

“Teníamos el típico lumpen del barrio, con el que tuvimos bastante resistencia. Era una familia, que vivían en una casita que no tenían nada, no laburaban, no hacía nada. La mujer tenía como 10 hijos y los tenía en la zanja. Eran los mal vistos del barrio. Lo que hicimos fue neutralizarlos. Iban a las movilizaciones con un pedo bárbaro, se sumaban, porque era el único lugar donde no eran discriminados. Los fuimos controlando, éramos los únicos que les decíamos ‘ché pará’ y nos escuchaban. En este sentido los conteníamos. Pero en una época nos tiraban piedras, nos decían: ‘Che montoneros, váyanse’. Por más que vos intentarás explicarles, que tampoco nos gastábamos demasiado en la explicación.” (EA-Norma B).

COMENTARIOS FINALES

La aproximación que realizamos a las distintas formas que adoptó la militancia barrial montonera se inserta en un cuadro mayor que podemos denominar como el “universo de sentido” impulsado por Montoneros y acotado, en nuestro trabajo, a la periferia platense durante los primeros años de la década del '70. Este universo tuvo dos dimensiones, de las que sólo hemos hecho breves referencias en el presente artículo. Una, derivada de los procesos de radicalización que apuntaban a la instalación del socialismo en la Argentina a través de la lucha armada. La otra, concreta y operante, buscaba proveer recursos humanos y materiales para aquellos objetivos. De esta manera, los barrios constituyeron un importante ámbito de difusión de los contenidos de la radicalización, una fuente de movilización y reclutamiento y, posteriormente, a medida que la represión estatal avanzó, proveyeron de cierto refugio a los militantes perseguidos.

Desde el punto de vista de los actores militantes, este acercamiento a los sectores populares localizado en los barrios, sin bien reducido en el tiempo y arrasado, luego, por la violencia represora, pudo avanzar firmemente, pero a la vez adoleció de límites concretos. En primer lugar, los contingentes estudiantiles, una verdadera novedad para los barrios tanto por su presencia continua como por su mensaje complejo, no lograron establecer el sentido que ellos pretendían de su acción militante. Los estudiantes no pudieron superar, salvo excepciones y como producto de características personales, un rasgo de “externalidad” en relación al barrio, más allá de los esfuerzos, cargados de imposturas, en los que se empeñaron.

Con la excepción de esta primera variante, el resto puede ser considerado como el universo popular que recibió e impulsó el mensaje “revolucionario”. En primer término destacamos al militante autóctono, probablemente el producto más acabado de la estrategia barrial montonera. Luego encontramos al referente barrial, un vecino prestigioso en torno del cual se constituía la UB. Por otra parte, fue posible diferenciar a los allegados, el componente que le daba a la UB su carácter multitudinario. Finalmente, y casi fuera de la categoría general de militantes, encontramos a los “lumpen”, figura que atestiguó la llegada popular de la propuesta montonera.

Este conjunto, que orientaba su activismo *desde* el barrio, tuvo ante sí un doble desafío, el que se derivaba de las exigencias disciplinarias del mensaje revolucionario y el que venía de los primeros golpes de la represión, dirigida inicialmente hacia él. En este contexto, los jóvenes nativos del barrio, algunos adolescentes, no lograron superar el estadio de “inmadurez política” que muchos vecinos, quienes tenían con ellos fuertes lazos afectivos, le asignaban.

Por otro lado, podríamos afirmar que el nivel de compromiso de las “masas”, representado en las figuras del referente, los allegados y los sectores “marginales”, fue muy cambiante. Entendemos que dependió, en un primer momento, del grado de identificación con el peronismo y de la capacidad para motorizar las variadas demandas reivindicativas. En el primer caso la estrategia montonera se desarrolló en sintonía con el impulso popular de activarse para lograr la vuelta de Perón al país y al poder. El segundo aspecto tomó la forma de un “círculo virtuoso” para organizar el reclamo, impulsar la movilización y obtener la resolución favorable. Fue la etapa de la expansión.

En un segundo momento, a partir del enfrentamiento con el gobierno peronista, fueron las relaciones personales, las que mantuvieron vivos los lazos entre los jóvenes revolucionarios y los vecinos del barrio, que en muchos casos resultaron vitales para salvaguardar la vida de varios de ellos. Fue la etapa de la contracción.

DIARIOS Y REVISTAS

El Día, 1972/75; *El Argentino* 1972/73; *El Descamisado*

ENTREVISTAS DEL AUTOR

Gonzalo Chaves, La Plata, 2005; Hugo Bacci, La Plata, 2005; Babi Práxedes Molina, La Plata, 2006; Roberto K., La Plata, 2006; Guillermo C. La Plata, 2006; Jorge Pastor Asuaje, La Plata, 2006; Oscar A., La Plata, 2006; Norma B, La Plata, 2006; Marcelo M., La Plata, 2006; Celina R. La Plata, 2006; Miguel Angel, García Lombardi, La Plata, 2006; Hugo G., La Plata, 2006; Marta, S., La Plata, 2006; Daniel I., La Plata, 2007; Daniel C., La Plata, 2007; Julio R., La Plata, 2007; Carlos Kunkel, Buenos Aires, 2007; Carlos y Norma, La Plata, 2007; Roberto, A, La Plata, 2007; Cacho. A, La Plata 2007; José, H., La Plata, 2007; Tito, La Plata, 2007

BIBLIOGRAFÍA

Amorín, J. (2005). *Montonero: la buena historia*. Buenos Aires: Catálogos.

Ansart, P. (1983). *Ideología, conflictos y poder*. México: Premia.

- Asuaje, J. P. (2004). *Por algo habrá sido. El fútbol, el amor y la guerra*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Baschetti, R. (2007). *La memoria de los de abajo. 1945-2007. Hombres y mujeres del peronismo revolucionario*. Vol.1. La Plata: De la Campana.
- Bonasso, M. (2006). *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*. Buenos Aires: Planeta. Booket.
- Camarero, H. (2007). "Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares". *Nuevo Topo*, 4.
- Chaves, G. L. y Lewinger, J. O. (1999). *Los del 73. Memoria Montonera*. Buenos Aires: De la Campana.
- Duhalde, E. L. y Pérez, E. M. (2003). *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base. Tomo I: Las FAP*. La Plata: De la Campana.
- Martuccelli, D. y Svampa, M. (1997). *La Plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires: Losada.
- Panebianco, A. (1990). *Modelos de partidos*. Madrid: Alianza.
- Robles, A. (2004). *Perejiles. Los otros montoneros*. Buenos Aires: Colihue.
- Robles, H. (2008). *La juventud peronista platense: desde los orígenes hasta la primera etapa barrial (1957-1969)*. Web site: URL historiapolitica.com
- Soprano, G. (2007). "La vocación kantiana de la antropología social. Ensayo sobre el diálogo etnográfico entre las categorías nativas y las categorías científicas del conocimiento social en el estudio de la política". En E. Rinesi y G. Soprano (Compiladores), *Facultades alteradas. Actualidad de El conflicto de las facultades de Immanuel Kant*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Ziccardi, A. (1984). "El tercer gobierno peronista y las villas miserias de la ciudad de Buenos Aires (1973-1976)". *Revista Mexicana De Sociología*, 4.

MAPA DE LAS UNIDADES BÁSICAS

